

Un mundo más pequeño

RAFAEL GUILLÉN

ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

En memoria de Manuel Villar Raso

No recuerdo cuándo dije, ni siquiera si lo dije, que a aquellos con los que la vida se ha mostrado generosa, nos llega un momento en que medimos los años por amigos muertos. Yo tengo ya muchos con los que medir en años esa muerte, que es también la mía, y hoy he de añadir un peldaño más a tan oscuro e inevitable descenso. Porque se me ha muerto uno de esos amigos cuya diaria compañía hace más llevadero este tránsito, esta cuerda floja por la que tan precariamente vamos avanzando; floja y tendida desde un extremo al otro de la nada.

Se me ha muerto, se nos ha muerto, Manuel Villar Raso, el compañero en la Academia de Buenas Letras de Granada y uno de los partícipes, hace ya veinte años, en la gestión de su fundación, el que supo acercarnos con sus relatos y novelas el paisaje y las costumbres y, tantas veces, el dolor y la miseria del mundo: desde la desolación de los más recónditos y primitivos pueblos africanos, hasta la tragedia de la guerrilla colombiana o las venturas y desventuras familiares de una saga brasileña. Ya dije en una ocasión que pusiera donde pusiera el pie en la tierra, de allí surgía la palabra.

Era noble, transparente, despistado, fiel. Un castellano cabal de las extensas tierras de Soria trasplantado a los huertos y enclaustrados cármenes de la literatura granadina. Y un impaciente y empedernido viajero. Ante los recientes y trágicos acontecimientos en Bamako, Malí, ¡cuántas veces conversamos sobre sus numerosos viajes a aquella ciudad, que para él era objeto de un entusiasmado interés!

Su prosa era limpia. Dotando a sus personajes de unos rasgos sumamente acentuados, los hacía visibles. Como profesor de inglés, también supo traducir espléndidamente a algunos de los más importantes autores en esta lengua.

Se me agolpan los recuerdos y, si deo aquí constancia de algunos, es por reflejar pobremente algo de esa pasión suya por desentrañar los entresijos de la conciencia humana en las más diversas situaciones y formas de vida, por asomarse a los misterios terribles o esplendorosos de la tierra en sus más apartadas regiones.

Sin su compañía, el mundo se me ha quedado más pequeño. Difícil me sería enumerar los países que recorrimos juntos. ¿Hablo de Vietnam; de la navegación por la misteriosa bahía d'Halong; de los inverosímiles túneles de Cuchí, desde donde el Vietkong, todo un ejército bajo tierra, hostigaba a las fuerzas invasoras? ¿Ha-

blo de los glaciares chilenos cuando, rodeando el cono sur de América, dimos la vuelta al cabo de Hornos; del turbión que escoró peligrosamente el barco y de su ayuda para ponerme a salvo cuando el huracán me arrastró hasta la barandilla de cubierta? ¿De la travesía del desierto del Sahara y de la salvadora aparición del Frente Polisario, sin cuya protección y ayuda hubiésemos perecido en el intento? ¿De los templos destruidos por las gigantescas raíces de la jungla camboyana en Angkor; de los bajorrelieves esculpidos en los sillares derrumbados? ¿De la fiesta popular brasileña en Salvador de Bahía; de Ilhéus y la casa de Jorge Amado; de Copacabana y Río de Janeiro? ¿Hablo de Birmania y el lago Inle? ¿De Argentina? ¡Ay, amigo Manuel! ¡Tanta pérdida! ¿No será que la misión de los recuerdos es sólo la de incitarnos a no desear nada, a no poseer nada ante el temor y la certeza de perderlo?

Mucho se hablará del novelista Manuel Villar Raso, indagador de los más recónditos misterios de la naturaleza humana. Hoy, con una tristeza que conozco de antiguo por desgracia, sólo me toca hablar del amigo muerto. Y, con la confianza que me dan tantos años y tantos vasos de vinos compartidos, reprocharle que así, porque sí, sin más, nos haya dejado para siempre.